

las ciudades de Tesalia más inmediatas, designándose las como cuarteles de invierno; y también distribuyó parte de sus tropas en todos los puntos de la Tesalia, teniendo todas excelente internada, y sirviendo de guarnición á las ciudades. Envió á su legado Q. Minucio con dos mil hombres para que ocupase Ambracia, y despidió á todos los aliados de las ciudades griegas, exceptuando los aqueos. Marcho con parte de su ejército para la Acaya Phthiotida, destruyó por completo á Ptelea, cuyos habitantes habían huído, y recobró Antrón por consentimiento de sus moradores. En seguida llevó su ejército á Larisa; la ciudad estaba desierta; todos se habían refugiado en la fortaleza, y decidió atacarla. Los macedonios que formaban la guarnición real fueron los primeros en temer, y habían evacuado la plaza; y los habitantes, abandonados por ellos, convinieron en seguida en rendirse. En seguida vaciló entre atacar á Demetriades, ó si le convendría fijar la atención en los asuntos de la Beocia. Los tebanos, perseguidos por los de Coronea, le llamaban á Beocia. A sus ruegos, y porque la comarca era más favorable que la Magnesia para internar, llevó allá su ejército.

FIN DEL LIBRO XLII.

LIBRO XLIII.

SUMARIO.

Condenación de los pretores culpables de exacciones y crueldades.—El procónsul P. Licinio Craso se apodera de muchas ciudades de Grecia y las saquea.—Decreto del Senado devolviendo la libertad á los cautivados por este general.—Violencias ejercidas sobre los aliados.—Ventajas de Perseo en Tracia; sus conquistas en Iliria.—Muerte de Olónico y pacificación de España.—Los censores nombran á Emilio Lépido príncipe del Senado.

Durante el verano en que la caballería romana consiguió sus triunfos en Tesalia, el legado que el cónsul envió á Iliria sometió por la fuerza de las armas dos ciudades opulentas, dejando á los vencidos la posesión de todos sus bienes, en la esperanza de que aquel acto de clemencia dispondría favorablemente á los habitantes de Carnunta, ciudad muy fortificada; pero reconociendo muy pronto que ni podía conseguir su sumisión, ni reducirlos por sitio regular, y no queriendo que sus soldados hubiesen soportado sin recompensa la fatiga de dos sitios, les concedió el pillaje de las ciudades que antes había perdonado. El otro cónsul C. Cassio no hizo nada memorable en la Galia, provincia que le tocó en suerte, y trató en vano de entrar en Macedonia por Iliria. Los legados de Aquilea enteraron al Senado de

aquella tentativa del cónsul. Habían venido estos legados para quejarse del estado de su naciente colonia, débil aún y sin defensa, entre dos naciones enemigas, Istria é Iliria, é instaban al Senado para que escogitase un medio que proveyese á su seguridad. Preguntóseles si querían que se encargase de este cuidado á C. Cassio; y contestaron que el cónsul, después de reunir sus tropas en Aquilea, había partido para Macedonia, pasando por Iliria. El hecho pareció al pronto increíble, y se supuso generalmente que había ido á llevar la guerra á los carnios ó los istrios. Los aquileyos declararon que todo lo que sabían y podían asegurar era que los soldados habían recibido trigo (1) para treinta días, que el cónsul había buscado guías que conociesen el camino de Italia á Macedonia y los había llevado consigo. El Senado entonces dió rienda á su indignación contra un cónsul que se había atrevido á abandonar su provincia para pasar á la de otro, y que, al llevar su ejército en medio de naciones extranjeras por camino desconocido y lleno de peligros, abría á tantos pueblos el de Italia. Decidióse por considerable mayoría que el pretor C. Sulpicio nombraría tres senadores encargados de partir de Roma aquel mismo día y hacer todo lo posible para alcanzar al cónsul C. Cassio, donde quiera que se encontrase, y prohibirle que emprendiese ninguna guerra fuera de la que le había encomendado el Senado. Los senadores enviados fueron M. Cornelio Cethego, M. Fulvio y P. Marcio Rex. Los temores que inspiraban el cónsul y su ejército hicieron descuidar por entonces la fortificación de Aquilea.

El Senado recibió en seguida á los legados de algunos pueblos de las dos Españas, quienes después de quejar-

(1) Los soldados romanos trituraban por sí mismos el trigo que recibían y confeccionaban su pan.

se de la avaricia y orgullo de los magistrados romanos, se arrojaron á las plantas de los senadores y les suplicaron no consintiesen que se persiguiese y despojase más cruelmente que á enemigos á los aliados del pueblo romano. Como, además de otros tratamientos indignos de que se quejaban, había habido evidentemente extorsiones, el pretor L. Canuleyo, á quien había tocado la España, recibió orden de elegir en el Senado cinco recuperadores (1) encargados de informar acerca de cada magistrado acusado de concusión y autorizar á los españoles para que tomasen los patronos que quisiesen. Llamóse á los legados al Senado, leyóseles el decreto y les invitaron á nombrar patronos. Cuatro designaron, M. Porcio Catón, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, L. Emilio Paulo, hijo de Lucio, y C. Sulpicio Galo. El primero á quien citaron ante los comisarios fué M. Titinio, que había sido pretor en la España citerior, bajo el consulado de A. Manlio y de M. Junio. El acusado compareció dos veces, y á la tercera se le absolvió. Suscitáronse desavenencias entre los legados de las dos provincias, á consecuencia de las cuales los de la España citerior tomaron por patronos á M. Catón y Escipión, y los de la ulterior á L. Paulo y Galo Sulpicio. Los pueblos de la citerior hicieron comparecer ante los comisarios á P. Furio Filo, y los de la ulterior á Macieno. Los dos habían sido pretores, el primero tres años antes, bajo el consulado de Cn. Postumio y de Q. Mucio: el segundo dos años hacía, bajo el de L. Postumio y de M. Popilio. Dirigiéronse contra los dos gravísimas acusaciones y su causa fué ampliada (2). Cuando debían

(1) Llamábanse así estos jueces, porque por medio de ellos, cada cual recuperaba las propiedades que le pertenecían. Hase creído que podían elegirse entre todos los ciudadanos romanos, pero más especialmente entre los jueces nombrados.

(2) Cuando no estaba bastante esclarecida la causa ó había

BIBLIOTECA ALFONSO X
 DE BURGOS
 D. N. L.

comparecer nuevamente, supose que acababan de desterrarse; Furio á Prenesto, Macieno á Tibur. Pretendíase que los patronos se oponían á que se persiguiese á ciudadanos nobles y poderosos, y esta sospecha se robusteció cuando se vió al pretor Canuleyo abandonar el asunto (1), ocuparse de las levas y partir en seguida bruscamente para su provincia, para impedir á los españoles ejercer nuevas persecuciones. De esta manera se sepultó en el silencio el pasado, pero el Senado tomó medidas para lo venidero. Los españoles consiguieron que el magistrado romano no tendría derecho para tasar el trigo (2), ni podría obligarles á que vendiesen sus vígésimas al precio que señalase (3), ni establecer en las ciudades receptores encargados de cobrar las tasas.

Por la misma época llegó de España otra legación de género completamente nuevo. Más de cuatro mil hom-

nuevos testigos que oír, ó cuando los jueces estaban indecisos en cuanto á la sentencia, daban sus tablillas marcadas con las letras N. L. (*non licet*); el pretor pronunciaba la palabra *ampliatio*, y se aplazaba la causa para el día que designaba el magistrado. Este aplazamiento se llamaba *ampliatio*.

(1) Algunas veces, el pretor, para favorecer al acusado ó á sus amigos, aplazaba la causa hasta el día en que deponía sus funciones, privándose por este medio de la facultad de decidir.

(2) Las provincias debían suministrar á los magistrados romanos cierta cantidad de trigo para su uso particular. Pero algunos exigían su valor en dinero, después de tasar el trigo á infimo precio. A esto se daba el nombre de *frumentum aestimatum*. Los españoles consiguieron que en adelante los pretores recibirían el trigo en especie, ó que el aprecio se haría públicamente y según el valor común.

(3) Las provincias debían vender trigo á los romanos (*frumentum emptum*), y el Tesoro entregaba á los prefectos el dinero necesario para comprarlo. Mas para satisfacer desenfrenada codicia, que cada día fué creciendo en los magistrados y contra la que fueron impotentes todas las leyes, ponían al trigo precio muy bajo, y de esta manera conservaban mucha parte de la cantidad destinada á pagarlo.

bres que se decían nacidos del comercio ilegítimo de los soldados romanos con las mujeres españolas, pedían al Senado ciudad donde habitar. El Senado decretó «que diesen sus nombres á L. Canuleyo, y los que el pretor manumitiese serían enviados á Carteya, en las orillas del Océano. En cuanto á aquellos carteyos que no quisieran abandonar su morada, podrían permanecer con los nuevos colonos y se les designarían tierras. Aquel establecimiento se consideraría como colonia latina y llamada colonia de libertos.» Por el mismo tiempo llegaron de Africa Gulussa, hijo de Massinissa, enviado por su padre y una legación de cartagineses. Recibióse primeramente á Gulussa, quien dió cuenta de los socorros que había suministrado su padre para la guerra de Macedonia, y prometió satisfacer los que exigiesen además con la gratitud que le merecían los beneficios del pueblo romano. Excitó á los senadores á desconfiar de la perfidia de los cartagineses, diciendo «que tenían el proyecto de equipar una flota considerable en apariencia para ayudar á los romanos contra los macedonios, pero en realidad para poder elegir sus aliados ó sus enemigos cuando el armamento estuviese terminado.» En seguida pasó á la cuestión de territorio y de las ciudades de que se quejaban los cartagineses de haber sido despojados por Massinissa, trabándose vivo debate entre el príncipe y los legados de Cartago. Desconócense las razones alegadas por una y otra parte, así como las respuestas del Senado. La cuestión quedó dormida por algunos años, pero despertó más adelante y produjo guerra terrible que los cartagineses trabaron con Massinissa, que en seguida tuvieron que sostener con Roma, y que terminó con la ruina de Cartago. Los anales de este año refieren que una joven cambió de sexo en casa de sus padres, y por orden de los arúspices fué deportada á una isla desierta.

El cónsul C. Cassio presidió los comicios en que fueron creados cónsules A. Hostilio Mancino y A. Atilio Serrano. En seguida se nombró pretores á M. Recio, Q. Menio, L. Hortensio, Q. Elio Peto, T. Manlio Torcuato y C. Hostilio. A los cónsules se dió por decreto las provincias de Italia y Macedonia; tocando la primera á Atilio y la segunda á Hostilio. De los pretores, Recio obtuvo la jurisdicción urbana y Menio la de los extrajeros. Hortensio recibió el mando de la flota y de las costas marítimas de Grecia. Las demás provincias pretorianas fueron sin duda, como el año anterior, España, Sicilia y Cerdeña; pero el silencio de los monumentos antiguos no permite saber por modo cierto á qué pretor tocó cada una. P. Licinio se condujo como si le hubiesen enviado para combatir á los griegos y no á Perseo, haciendo recaer sobre un pueblo desgraciado y demasiado débil para oponerle resistencia el furor que no podía ejercer contra su enemigo natural. En la Beocia, donde internaba, tomó muchas ciudades y las entregó á desenfrenado saqueo. Los coroneos, que fueron los más maltratados, acudieron al Senado, que decretó en el acto la libertad de los prisioneros que habían sido vendidos en subasta. El pretor Lucrecio, jefe de la flota, imitó y hasta superó la avaricia y crueldad del cónsul; mostrándose tan temible para los aliados, como despreciable á los ojos del enemigo. Cuando fondeaba su flota cerca de Orea, Perseo la atacó de improviso, le tomó veinte naves de transporte cargadas de trigo, echó á pique las demás y se apoderó también de cuatro quinqueremes. No fueron menos afortunadas las armas del rey en Tracia, adonde había llevado sus tropas para socorrer á Cotys, atacado por Atlesbis y Corrago. Cotys se defendió valerosamente, porque era tan valiente en el combate como hábil en el consejo. Era tracio solamente por el origen, pero no tenía ninguna de las costum-

bres de su nación. Modelo de sobriedad y templanza, consiguió que todos le quisieran por su modestia y moderación. M. á serotini ordinem se abierga. En seguida se nombró pretores á M. Recio y Atilio Serrano. Todo marchaba á satisfacción de Perseo, porque en esta época la nación de los epirotas se declaró por él por instigaciones de Céfalo, que adoptó su partido por necesidad más que por inclinación. Poseía Céfalo rara prudencia y mucha firmeza, encontrándose animado entonces de excelentes intenciones. Primeramente rogó á los dioses inmortales que no hiciesen estallar entre los romanos y Perseo una guerra que produciría la ruina de uno de los dos bandos. Cuando comenzó la guerra, fiel á sus compromisos, decidió ayudar á los romanos, pero sin traspasar los términos del tratado, ni deshonorarse por servil abnegación. Este plan lo desconcertó un tal Caropo, nieto del que sirvió de guía á T. Quincio en los desfiladeros inmediatos al río Aous durante la guerra contra Filipo. Vil adulador de los grandes, y hábil urdidor de calumnias contra las personas honradas, había sido educado en Roma, donde su abuelo le había enviado para que aprendiese la lengua y las letras romanas. Entre los romanos hizo muchos conocimientos y amistades, y, á su regreso á su patria, aquel hombre naturalmente ligero y perverso, alentado por las relaciones que dejaba en Roma, no cesaba de declarar contra los jefes principales de los epirotas. Al principio oíasele con desprecio, cuidándose poco de sus amenazas; pero cuando estalló la guerra entre Perseo y los romanos y el considerable número de partidarios secretamente declarados por el rey dió origen á sospechas contra la Grecia, Caropo se dedicó sin descanso á prevenir á los romanos contra los que ocupaban los primeros puestos en el Epiro. Las antiguas relaciones de Céfalo y su partido con los reyes de Macedonia daban á sus calumnias cierta apariencia de verdad, aumentan-

do él mismo el peso de sus acusaciones por medio de maligno cuidado en espiar sus palabras y acciones, atendiendo constantemente á presentarlas bajo el peor aspecto y á alterar la verdad añadiendo ó suprimiendo algunas circunstancias. Céfalos y los que pensaban como él acerca de la dirección de los negocios, contemplaban aquellos trabajos sin conmoverse, fuertes en su inalterable fidelidad á Roma; pero en cuanto observaron que los romanos prestaban oídos á aquellas insinuaciones, y que algunos etolios de los más principales, hechos sospechosos por las mismas calumnias, acababan de ser enviados á Roma, creyeron que ya era tiempo de concluir y atender á su libertad. Como su único recurso consistía en la amistad del rey, tuvieron que aliarse con Perseo y arrastrar su nación á su partido. En Roma, los cónsules A. Hostilio y A. Atilio, después de haber tomado posesión de su cargo y cumplido en el recinto y fuera de la ciudad los deberes religiosos y civiles del consulado, partieron para sus provincias. Hostilio, á quien había tocado la Macedonia, se apresuró á reunirse con su ejército en Tesalia, y al pasar por el Epiro, que todavía no se encontraba en abierta rebelión, estuvo á punto de caer en manos de Perseo. Dos epirotas, llamados Theodoto y Filostrato, convencidos de que, entregándolo al rey, conseguirían fuertes derechos á su gratitud, y darían por el momento terrible golpe á los romanos, escribieron á Perseo invitándole á venir apresuradamente. Si los molossos no hubiesen detenido al rey cerca del río Laous, y si el mismo cónsul, advertido del peligro que corría, no hubiese cambiado de camino, infaliblemente le hubiesen cogido. Habiendo, pues, dejado el Epiro, marchó por mar á Anticira, y desde allí pasó á la Tesalia, donde tomó el mando del ejército, marchando en seguida contra el enemigo; pero no fué más afortunado en la dirección de aquella gue-

rra que lo había sido el año anterior. Trató combate con el rey, fué derrotado, y después de tratar primeramente de abrirse paso por fuerza á través de Elínea, después ocultar su marcha por la Tesalia, encontrando por todas partes á Perseo que le cerraba el paso, tuvo que renunciar á inútiles esfuerzos. El pretor Hortensio, á quien la suerte había designado la flota, no fué más afortunado ni más hábil; siendo su hazaña más memorable el cruel y pérfido saqueo de la ciudad de Abdera, cuyos habitantes se habían atrevido á reclamar contra las insostenibles cargas que les habían impuesto. Perseo, despreciando á los romanos y creyéndose al abrigo de toda inquietud, terminó la campaña con una expedición contra los dardanos, matádoles diez mil hombres y recogiendo rico botín.

Los celtíberos, á instigación de su nuevo jefe Olónico, á quien algunos llaman Salónico, realizaron algunos movimientos en España. Aquel bárbaro, astuto y audaz, fingiéndose adivino y blandiendo una lanza de plata, que decía haber recibido del cielo, había atraído la atención general. Formó el insensato proyecto de asesinar al pretor, y tuvo la temeridad de penetrar de noche, con un auxiliar, en el campamento romano. Pero cuando llegó cerca de la tienda, un centinela le mató con un venablo, pereciendo también su compañero en su loca tentativa. El pretor mandó inmediatamente que les cortasen la cabeza, las clavaran en picas y las llevasen á los españoles algunos prisioneros de su nación. La llegada de los prisioneros y la vista de aquellas cabezas produjeron terror tan grande en el campamento, que si en el acto hubiese avanzado el ejército romano, fácilmente se habría apoderado de él. Muchísimos celtíberos huyeron, y algunos opinaban enviar legados para suplicar que les concediesen la paz. La noticia dió lugar á la sumisión de muchas ciudades, tratando de justificarse

los habitantes atribuyendo el delito á dos insensatos que habían ido por sí mismos á recibir el castigo. El pretor les perdonó y marchó en seguida hacia otras ciudades, encontrándolas todas dispuestas á la obediencia, y recorrió tranquilamente con su ejército un país que acababa de estar sublevado. Aquella clemencia del pretor, que supo dominar, sin efusión de sangre, á nación tan belicosa, agradó tanto más al pueblo y al Senado, cuanto que el cónsul Licinio y el pretor Lucrecio se habían mostrado en la guerra de Grecia ávidos y crueles. Los tribunos del pueblo no cesaban de atacar á Lucrecio con ruda violencia, y sus amigos contestaban para excusarle que su ausencia tenía por causa el servicio de la república. Pero en aquella época se sabía tan poco de lo que pasaba hasta en las mismas puertas de Roma, que, durante aquel tiempo, el pretor se encontraba en su quinta de Anzio y empleaba el fruto de sus rapiñas en llevar á Anzio las aguas de Loracina, trabajos que le costaron, según se dice, ciento treinta mil ases. Adornó también el templo de Esculapio con cuadros conseguidos por sus extorsiones. Afortunadamente para Lucrecio, una legación de Abdera fijó en seguida la atención pública en su sucesor Hortensio, atrayendo sobre éste el odio y la infamia que pesaba sobre aquél. Los legados se presentaron llorando en las puertas del Senado, quejándose «de la toma y saqueo de su ciudad por Hortensio, consistiendo todo su crimen en que, cuando el pretor les exigía cien mil dineros y cincuenta mil modios de trigo, pidieron tiempo para enviar legados al cónsul Hortensio y á Roma para tratar el asunto. Apenas legados al cónsul, supieron la toma de su ciudad, el suplicio de los varones más distinguidos y la venta de otros como esclavos.» El Senado se indignó, dando en favor de Abdera un decreto parecido al que dió en favor de los coroneos, recibiendo el pretor Q. Menio ori-

dende comunicarlo al pueblo. Envióse á C. Sempronio Bleso y Sex. Julio César como legados para poner en libertad á los abderitanos; quedando encargados de declarar al cónsul Hostilio y al pretor Hortensio que el Senado consideraba injusta la guerra hecha á los abderitanos; que mandaba rescatar cuidadosamente á cuantos estaban en esclavitud y que se les devolviese la libertad.

Por el mismo tiempo se formularon quejas en el Senado contra C. Cassio, que había sido cónsul el año anterior y que servía ahora en Macedonia como tribuno militar, á las órdenes de A. Hostilio. Presentóse primeramente una legación de Cincibilo, rey de los galos, llevando la palabra el mismo hermano del rey, diciendo que «Cassio había devastado el territorio de los pueblos de los Alpes aliados de los romanos y reducido á la servidumbre muchos miles de habitantes.» Poco después llegaron legados de los carnienos, istrios y japiidos: «el cónsul Cassio les había exigido primeramente guías para conducir su ejército á Macedonia; les dejó con disposiciones pacíficas aparentemente, pero de pronto retrocedió desde la mitad del camino y taló sus fronteras, llevando por todas partes el pillaje y el incendio, y los habitantes permanecían en la ignorancia del motivo que impulsó al cónsul á tratarles como enemigos.» A las dos legaciones se contestó «que el Senado no había podido prever las violencias de que se quejaban, y que si verdaderamente habían ocurrido, las desaprobaba abiertamente. Pero, en justicia, no podía condenarse sin oír á un varón consular, ausente en servicio de la república. Cuando Cassio regresara de Macedonia, si querían acusarle frente á frente, el Senado, después de conocer el asunto, cuidaría de que quedasen satisfechos.» No limitándose á esta respuesta, enviaron legados, dos al rey galo y tres á los otros pueblos,

para enterarles de los propósitos del Senado. Regalaron á los legados dos mil ases y al príncipe galo y á su hermano dos collares de oro, de peso de cinco libras; cinco vasos de plata, de peso de veinte; dos caballos enjaezados con los palafreneros, armadura completa y cubierta. Los hombres de su comitiva, libres y esclavos, recibieron ropas. Además de estos regalos, les concedieron el permiso que pedían para comprar cada uno diez caballos y sacarlos de Italia. A los galos les acompañaron como legados, al otro lado de los Alpes, C. Lelio y M. Emilio Lépidio; encargándose la otra legación á C. Sicinio, P. Cornelio Blasio y T. Memmio.

Por aquel mismo tiempo llegaron á Roma legados de muchas ciudades de Grecia y de Asia, siendo recibidos antes que todos los atenienses. Estos expusieron «que habían enviado al cónsul P. Licinio y al pretor C. Laercio todas las naves y soldados de que podían disponer; y que habían pedido, en vez de aquel socorro, que no habían empleado, cien mil modios de trigo. Los atenienses, á pesar de la esterilidad de su suelo, la necesidad en que se encontraban de comprar el trigo á los extranjeros para alimentar hasta á los habitantes de los campos, se apresuraron á obedecer, para que no pudiesen censurarles, y que estaban dispuestos además á suministrar todo lo que el Senado juzgase necesario.» Los milesianos, confesando que no habían hecho nada aún, declararon que estaban dispuestos á dar lo que el Senado les exigiese para las necesidades de la guerra. Los albandenses, después de recordar que habían alzado un templo á la ciudad de Roma y de establecer dos juegos anuales en honor de la nueva divinidad, añadieron que traerían una corona de oro, de cincuenta libras de peso, que deseaban colocar en el Capitolio, y hacer un sacrificio allí. Los lampsacenos pedían lo mismo, ofreciendo una corona de cuarenta y cinco libras,

y añadían «que sometidos á Perseo y antes á Filipo, habían abandonado el partido de Perseo á la llegada de los romanos á Macedonia; como premio de aquel servicio y de su apresuramiento en suministrar á los generales romanos todas las cosas necesarias, solamente pedían un favor, el título de aliados de Roma, y si se llegaba á ajustar la paz con Perseo, la seguridad de que se les exceptuase del número de pueblos que quedasen bajo el dominio del rey.» A todos los legados les contestaron con benevolencia; y en cuanto á los de Lampsaco, el pretor Q. Menio recibió orden de inscribirles en la lista de los aliados del pueblo romano. Cada legado recibió dos mil ases como regalo; y los albandenses fueron invitados á llevar los escudos al cónsul C. Hostilio, en Macedonia. Por el mismo tiempo llegaron de África legados de los cartagineses y de Masinissa. Anunciaban los primeros que habían llevado á orillas del mar un millón de modios de trigo y cincuenta y cinco mil de cebada, que trasladarían al paraje que indicara el Senado. «Sin duda el regalo y el servicio estaban lejos de corresponder á los beneficios del pueblo romano y á su buena voluntad; pero frecuentemente, en otras circunstancias, cuando la fortuna de los dos pueblos era igualmente próspera, habían cumplido los deberes de aliados fieles y agradecidos.» Los legados de Masinissa ofrecieron á su vez igual cantidad de trigo y además mil doscientos caballos y doce elefantes: si el Senado necesitaba otra cosa, podía mandarlo, porque su rey estaba dispuesto á satisfacer sus peticiones y á cumplir las promesas que había hecho.» Dióse las gracias al rey y á los cartagineses, y se les invitó á que trasladasen á Macedonia, para el cónsul Hostilio, los socorros que ofrecían. Cada legado recibió dos mil ases.

Los legados cretenses manifestaron que habían enviado á Macedonia el número de arqueros que pidió

P. Licinio; pero como no podían negar «que se encontraba mayor número aún en el ejército de Perseo.» les respondieron «que cuando estuviere demostrado que los cretenses tenían la intención leal y sincera de preferir la alianza del pueblo romano á la del rey, el Senado les contestaría como aliados fieles. Entretanto podrían decir á sus compatriotas que el Senado quería que los cretenses llamasen cuanto antes á aquellos soldados suyos que se encontraban al servicio de Perseo.» Después de despedir á los cretenses con esta contestación, el Senado mandó llamar á los calcidios. El aspecto de los legados bastaba para comprender lo apremiante de la necesidad que les llevaba á Roma. Micción, jefe de los legados, imposibilitado para andar, se había hecho llevar en litera. Ni él ni sus conciudadanos encontraron en su enfermedad razón suficiente para excusarle de aquel viaje. Después de comenzar diciendo que solamente le quedaba vida en la lengua para deplorar los males de su patria, enumeró primeramente los servicios anteriores de sus conciudadanos, y los que los generales y ejércitos romanos habían recibido en la guerra con Perseo. En seguida expuso los actos de tiranía, de avaricia y crueldad que los calcidios habían tenido que sufrir de parte del pretor romano C. Lucrecio y los que les hacía soportar todavía Hortensio. Añadió «que estaban decididos á soportar todos los males, cualesquiera que fuesen, antes de abrazar el partido de Perseo. En cuanto á Lucrecio y Hortensio, sin duda hubiese sido más seguro cerrarles las puertas que recibirles. Las ciudades que se habían negado á admitirles, Emacia, Amfópolis y Maronea, nada habían tenido que sufrir; ellos, por el contrario, habían visto despojar sus templos de todos sus adornos, y Lucrecio, embarcando aquel botín sacrilego, lo había trasladado á Anzio. Hombres libres habían sido llevados en esclavitud, y el

bandolerismo de que habían sido víctimas los aliados de Roma se reproducía diariamente. Fiel imitador de Lucrecio, Hortensio les obligaba á alojar en invierno y verano las tropas de su flota. Las casas estaban llenas de soldados, y se encontraban obligados á vivir entre ellos, á tener entre sus esposas y sus hijos aquellos hombres desenfrenados en palabras y obras.»

Llomóse al Senado á Lucrecio para que contestase á las acusaciones y se defendiese. Pero cuando se encontró presente, los legados expusieron mayor número de quejas que en su ausencia, y encontró acusadores más temibles y poderosos en los dos tribunos del pueblo, Menio Juvencio Thalna y Cn. Anfidio, quienes, no contentos con haberlo abrumado en el Senado, le llevaron ante el pueblo, prodigándole invectivas y le demandaron en juicio. El pretor Q. Menio quedó encargado de contestar á los calcidios: «que el Senado reconocía la verdad de lo que habían referido en orden á los servicios que habían prestado al pueblo romano, tanto antes, como en la guerra presente, y que sabía apreciarlos como merecían. En cuanto á los excesos de que acusaban al pretor Lucrecio, y á los que aún cometía Hortensio, el Senado no había autorizado ni los pasados ni los actuales, como podían comprender. Bien sabían que el pueblo romano había declarado la guerra á Perseo y á su padre Filipo por libertar la Grecia y no para que sus magistrados trataran de aquella manera á amigos y aliados; por lo cual escribirían al pretor Hortensio que el Senado desaprobaba altamente los actos de que se quejaban los calcidios. Habíase mandado al pretor que hiciese buscar con la mayor diligencia, para devolver la libertad, á los hombres libres que se encontraban reducidos á la esclavitud. En cuanto á los soldados navales, se le prohibía alojar en adelante ni uno solo en casa de los habitantes, exceptuando los jefes.» Tal fué la carta que

BIBLIOTECA ALFONSO X
H. AMPL.

se escribió á Hortensio de parte del Senado. Regalaron á cada legado dos mil ases y se suministraron á Micción, por cuenta de la república, carruajes para que le llevasen cómodamente á Brindis. En el día señalado acusaron los tribunos ante el pueblo á C. Lucrecio, proponiendo fuese multado en un millón de ases; y cuando se reunieron los comicios, las treinta y cinco tribus le condenaron por unanimidad.

En este año no ocurrió nada memorable en Liguria. Los enemigos no empuñaron las armas y el cónsul no hizo entrar las legiones en su territorio. Seguro de que no se turbaría la paz en el resto del año, licenció los soldados de dos legiones romanas sesenta días después de su llegada á la provincia. Aposentó desde muy temprano en cuarteles de invierno, en Luna y Pisa, á los aliados del nombre latino, y recorrió con la caballería la mayor parte de las ciudades de la Galia. En ninguna parte había guerra más que en Macedonia; pero se sospechaba de Gencio, rey de Iliria, por cuya razón consideró conveniente el Senado enviar á Brindis ocho naves bien equipadas á las órdenes del legado C. Furio, que defendía la isla de Issa con dos naves del país. Embarcáronse desde luego en aquellas naves dos mil soldados, que alistó el pretor Q. Recio, en virtud de un senatus-consulta, en la parte de Italia que mira á la Iliria. Por su parte, el cónsul Hostilio envió á Ap. Claudio á la Iliria con cuatro mil soldados, para que protegiese los pueblos inmediatos á aquella comarca. No contento Claudio con las tropas que mandaba, consiguió algunos refuerzos de los aliados, y logró formar un cuerpo de ocho mil hombres de diferentes naciones, y después de recorrer toda la comarca, se estableció en Licnido, en la Dessarecia.

Encontrábase á corta distancia la ciudad de Uscana, cuyo territorio dependía en su mayor parte de Perseo.

Aquella ciudad encerraba diez mil habitantes y corta guarnición de cretenses. Secretamente se presentaron á Claudio y le dijeron «que si acercaba sus tropas, parte de los habitantes estaban dispuestos á entregar la ciudad, valiendo la pena de expedición, porque el botín sería suficiente para enriquecer, no solamente á sus amigos, sino á todos los soldados.» De tal manera se cegó Claudio con el cebo presentado á su avidez, que no pensó ni en retener á ninguno de los que se le presentaron, ni en pedir rehenes como garantía de la traición; no envió á ninguno de los suyos de explorador ni exigió juramento. En el día señalado partió de Licnido y fué á acampar á doce millas de Uscana. A la cuarta vigilia volvió á ponerse en marcha, dejando mil hombres para custodiar el campamento. Marchando las tropas en desorden, diseminadas en larga fila, se extraviaron en la obscuridad de la noche, y llegaron en número muy corto bajo las murallas de la ciudad. Pero en cuanto estuvieron al alcance de los venablos, el enemigo salió por dos lados de la plaza. A los gritos que lanzaban al caer sobre los romanos, se unían los alaridos que exhalaban las mujeres desde lo alto de las murallas, el atronador ruido de los címbalos y los confusos clamores de tumultuosa multitud, compuesta de hombres libres y de esclavos. Aquella espantosa confusión desconcertó de tal suerte á los romanos, que ni siquiera pudieron sostener el primer choque, pereciendo mayor número en la fuga que en el combate, pudiendo regresar al campamento dos mil hombres apenas con su jefe. Cuanto más se alejaban los fugitivos, tanto más les entregaba el cansancio al hierro del enemigo que les perseguía. Appio ni siquiera se detuvo para recoger y salvar, si era posible, sus soldados dispersos por los campos, sino que llevó inmediatamente á Licnido los restos de su ejército.

El tribuno militar Sex. Digicio, que vino á Roma